

27. GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

(1910-1960). Doctor en derecho y ciencias políticas y sociales de la Universidad de Antioquia (1936). Especialización en derecho constitucional y derecho mercantil. Inició el movimiento “Acción Nacionalista Popular”. Representante y senador por Caldas en varios períodos. Fundador y director de *Diario de Colombia* (1952-54). Miembro del Directorio Nacional Conservador. Perteneció a la Academia Colombiana de la Lengua. Embajador en España (1956-58). Las directrices principales de sus ideas político-sociales se hallan expresadas en *Obras selectas*.

*Las dimensiones de la empresa bolivariana
se proyectan hacia la humanidad concreta
y nunca consisten en aforar fórmulas y recetas
patentadas de la farmacopea internacional
(De Obras selectas)*

Las dimensiones de la empresa bolivariana, proyectada sobre el tiempo, no estaban al alcance visual de los ideólogos de pacotilla, sin sentido histórico, ni residencia en la tierra, cuyo oficio legislativo consistía en aforar fórmulas y recetas patentadas de la farmacopea internacional. Desde Francia y Estados Unidos les llegaban esas ideas reconstituyentes, en cápsulas verbales y frascos de vistosa etiqueta. Los tribunos jactanciosos acreditaban esos específicos de salud para las naciones, como si cada Estado no fuese un organismo funcionalmente diverso.

Cuando el Libertador preconiza un “código de leyes colombianas”, era impugnado y saboteado en nombre de los “sacrosantos

principios” de la Revolución Francesa o de la democracia anglosajona. Esa demagogia erudita operaba sobre una humanidad abstracta, ignorando que sólo existe históricamente un hombre enclavado en la tierra, que porfía con el destino.

Los golillas presuntuosos de la Independencia eran incapaces de imaginar la Nación en la plenitud de sus órdenes vivos. Ellos profesaban una especie de albañilería constitucional, en que con moldes previos, con andamios y formaleas conceptuales, con ladrillos ideológicos superpuestos, se iba formando la fábrica del Estado en cualquier sitio. No sabían que cada nación engendra su propia forma. No confrontaban las definiciones con los hechos. “Constructores de repúblicas aéreas”, decía el Libertador. (1938, *El redescubrimiento del Libertador*, ps. 9-10).

Hacia una patria mejor como una categoría del espíritu

Nosotros pertenecemos al número de ciudadanos descontentos, con la nostalgia militante de una patria mejor, que no sea un confinamiento territorial, ni un asiento de clases, ni un fortuito conglomerado humano, sino una sinfonía histórica, una categoría del espíritu, un sistema de hazañas, la continuación de las generaciones sobre el suelo sagrado, “la síntesis suprema de todos los valores materiales e inmateriales de la raza”. (Idem, p. 21).

Política y personalidad

En política lo que decide del valor de un hombre es el *quid divinum* de la personalidad, la autonomía de los designios y la aptitud para retar al destino. Quienes tienen almas de lugarteniente nunca podrán ejercer una jefatura en propiedad. Ningún sacristán llega a cura. El político de misión no reptará como una lombriz terrestre. Puede estrellarse en plena ruta, pero será siempre fiel a sí mismo, timonel de su suerte, consciente naufrago, que prefiere hundirse sin arriar el pabellón y apagar sus luces. (1937, *Masas y jefes*, p. 73).

La política es un conflicto de poderío

Vivir no es yacer. La lucha por el gobierno, por ese áureo vello-cino que los antiguos llamaron *impertum*, impone ciertas virtudes castrenses, un espíritu de servicio y sacrificio. La política no es una esgrima de salón, ni un ajedrez dialéctico, sino un conflicto de poderío, un campear sin tregua, una "agonía" en el sentido clásico de lucha. (*La candidatura de Ospina Pérez*, p. 79).

Las fuerzas políticas aspiran a implicar una concepción de la vida y del mundo

Esa rotación normal del poder es una utopía. No pudieron antaño las agrupaciones políticas alinderar su área de discordia y colocar al margen unos principios constitucionales comunes, menos van a lograrlo en esta época universalmente convulsa, que tiene algo de tiempos finales, pues un destino se cumple en nosotros y comienza una nueva edad. Hay una arritmia de crisis, una efervescencia preparatoria. Las fuerzas políticas no quieren ser ya un repertorio de fórmulas administrativas, sino que aspiran a implicar una concepción de la vida y del mundo. Las diferencias se hacen más radicales y profundas entre el orden y la revolución. El péndulo no vendrá. Es preciso ir a rescatarlo, en una expedición punitiva contra el régimen. (Idem, p. 80).

Avance o retroceso: licitud de la rebelión

En un plano de valores sociales lo que no es avance es retroceso.

Si un gobierno se hace ilegítimo en su ejercicio y expulsa a la oposición de los cuadros legales, esta debe actuar insurreccionalmente, con violencia o clandestinidad. Hasta en el vetusto código de *Las Partidas* se establece la licitud de la rebelión cuando el poder se torna torticero. (Idem, ps. 80-81).

El romanticismo político no se ahínca sobre las cosas

El romanticismo, que es una indisciplina psíquica, concibe la política como una novela. No tiene sentido histórico, desdeña las

magnitudes reales, no se ahínca sobre las cosas. La lucha entre las fuerzas románticas y las fuerzas clásicas del país, a través de sucesivos ciclos, entre los bolivarianos y los santanderistas, entre el liberalismo y el conservatismo, entre las derechas y las izquierdas, entre el orden y la revolución, se funda en que las primeras parten de los hechos y las segundas parten de sí mismas. Mientras Bolívar propone un código de leyes colombianas, los ideólogos copiaban estatutos franceses o americanos. La Convención de Rionegro legisla para una humanidad abstracta y promulga una Carta institucional que enternece a Víctor Hugo. No hay que olvidar que Bentham, uno de los dioses mayores para el radicalismo nacional, hacía desde su gabinete constituciones de encargo para las antiguas colonias de América, creyendo que bastaba decretar para crear. Pero hacer un pueblo —según la frase gráfica— no es lo mismo que fabricar una cerradura. (Idem, ps. 84-85).

La nación está constituida por un destino histórico

La nación no está constituída por una ley geográfica sino por un destino histórico. Paulatinamente se han ido consolidando sus nexos. Hoy nadie discute las ventajas del régimen unitario, cierto que sea compatible con cierta autonomía administrativa. Tan funesta como la existencia de los Estados federales; guerreando unos contra otros y dividiéndose la túnica inconsútil de la soberanía, puede serlo una coerción centralista que sofoque la vida regional, quitándole estímulos y recursos. Esto aflojaría la solidaridad nacional, relajando sus vínculos. Las provincias no van a resignarse a sudar plusvalía en beneficio de una oligarquía financiera con asiento en la capital. Hay que respetar sus fueros. El regionalismo, el apego terruñero, expresa la vitalidad del país y es blasón de una economía de productores. (Idem, p. 87).

No debe existir desigualdad entre el proletariado industrial y los asalariados del campo

La nación no puede prosperar sino sobre una agricultura floreciente, trabajada con ahínco por una población de propietarios rústicos. La tierra tiene hambre y sed de justicia. Un plan agrario

de gran estilo sería parcelar latifundios, ampliar el crédito, llevar la asistencia médica a los campos, fomentar la enseñanza rural, racionalizar la producción, proteger los artículos de consumo interno con tarifas de aduana, crear cooperativas y elevar el nivel humano de los campesinos.

Nuestro campesino abre el surco y siembra y padece para mantener el confort urbano. El Estado se preocupa escasamente por esa vasta población rural, que ha carecido durante mucho tiempo de crédito, higiene y garantías sociales. Basta leer el Código del Trabajo para darse cuenta de la desigualdad ante la ley que existe entre el proletariado industrial y los asalariados del campo, porque el oportunismo de los gobiernos busca halagar la demagogia urbana y convertirla en clientela electoral. (Idem, p. 88).

Intervencionismo y tradición

A la conciencia cristiana le repugna que un individuo, un alma, se encuentre convertido en un instrumento servil del proceso económico. La Iglesia no considera el trabajo como una mercancía inerte, sino como algo que suda, que padece y que piensa. Por eso rescata la dignidad humana del obrero y su porción en las ganancias. Contra la ley de bronce del salario, quiere hacer intervenir en el arrendamiento de servicios cierto vínculo de compañía, para que los trabajadores participen del lucro industrial. En la teoría del bien común de Santo Tomás la propiedad es más un deber que un derecho. Aunque no lo crean los liberales supérstites de todos los partidos, en las encíclicas se preconiza tan perentoriamente la intervención del Estado, que después de ellas, según Georges Goyau, no puede darse católico no intervencionista, sino, a lo sumo intervencionista de mal humor.

Al dogma marxista de la lucha de clases, la contrarrevolución opone una colaboración de clases al servicio del interés nacional. En vez de consentir los sindicatos proliferando anárquicamente al margen del Estado, los inserta en los cuadros legales, dentro de una organización corporativa de la economía.

Hay que conservar del pasado las esencias, pero no ese aluvión de palabras e imágenes muertas que se depositan en el cauce de la

historia. La tradición también fluye. Primo de Rivera advertía que ella no es un “estado” sino un “proceso”.

Cada pueblo tiene ciertas constantes históricas, una suerte de *leit motiv* en su ritmo interior. Su genio se mantiene soterrado, oculto bajo una espesa costra de anécdotas y acontecimientos subcutáneos. Su voz en sordina apenas es oída por algunos hombres alertas. Pero cuando las normas que rigen el proceso colectivo se desarticulan y el país marcha al azar, el yacente espíritu nacional se endereza y provoca un renacimiento.

Cuando el virus de la facción conduce a las gentes al desvarío, actúa a la postre como fagocitosis la voluntad de convivencia, un oscuro instinto de equilibrio social. Al encono banderizo, que desgasta la energía nerviosa del pueblo, sucede un período de plenitud. Es como si el numen de Bolívar, desde su tremenda soledad, continuase inspirando los itinerarios nacionales. (Idem, ps. 90-91).

Hay que atemperar el rigor de un centralismo todopoderoso

Los constituyentes de 1886 restablecieron la unidad colombiana, aboliendo el archipiélago de Estados libres, fundado artificialmente por la Convención de Rionegro. La fórmula de equilibrio de Núñez continúa siendo la única que concilia el régimen unitario con la redención de las provincias. “Centralización política, descentralización administrativa”; fuera de ella todo es extravío.

Pero la fórmula se ha derogado en la práctica. El centralismo invade ahora todos los órdenes, lo mismo el administrativo que el económico. Está sofocada la vitalidad de las regiones.

La república unitaria no está en debate, sino que es una forma definitiva de organización política. Ahora el problema ha cambiado de frente. No se trata de luchar por o contra el federalismo anárquico. Dentro de la unidad nacional consolidada, hay que atemperar el rigor de un centralismo todopoderoso, que las comarcas recobren o mantengan su vida floreciente, con estímulos financieros y libertades administrativas. Esta consigna no es cuestión de partido. (1943, *Los partidos han asistido a la vida, pasión y muerte de sus verdades*, ps. 93-94).

Se evitan por igual la anarquía y el despotismo

Nuestras colectividades históricas están adscritas, en sus orígenes, al ciclo de la Revolución Francesa. Ambas parten de los derechos del hombre y la soberanía del pueblo. Bajo el mismo gorro frigio, que se erige como un rábano en el escudo de la República, el liberalismo aparece como abogado de la libertad y el conservatismo como defensor del orden. La controversia radica en el primado de uno de estos sustantivos abstractos. Es una lucha sobre aumentativos. Más libertad. Más orden. Una cuestión de dosis. Se busca la fórmula terapéutica y autoridad adecuada para la salud pública, que evite por igual la anarquía y el despotismo. (Ídem, p. 97).

En todo país democrático siempre existen socialmente dos fuerzas en constante tensión polar

En todo país democrático, más allá de las formas pasajeras, en un sentido profundo, siempre existen socialmente dos fuerzas en constante tensión polar. No importa su nomenclatura arbitraria, sus doctrinas, sus máscaras, su división alveolar en múltiples núcleos. Representan respectivamente un espíritu que añade. Los partidos que vienen encarnándolos, desde el siglo pasado, pueden llamarse sucesivamente resistencia y movimiento, conservatismo y liberalismo, reacción y revolución, derecha e izquierda. Varían los nombres, pero la lucha es igual.

La política no obedece a silogismos, ni se nutre exclusivamente de ideas. Los partidos están formados no tanto por credos, cuanto por un aluvión de sentimientos, fidelidades y mitos. Más que contrapuestos programas, son una antítesis pasional.

En cada partido no se empadronan los individuos, sino los linajes. Se trata de un oscuro impulso ancestral. Las tesis y argumentos para justificar ese previo hecho subconsciente vienen después. Lo que determina la vinculación a un partido no son vanas causalidades racionales, sino la fuerza de las emociones hereditarias, el misterioso reducto de los sentimientos, las ideas sin palabras que van en el torrente circulatorio, la presión de una memoria más profunda que la vida. Es desde el fondo de la sangre de donde vienen esas convocatorias y esos mandatos.

El elemento generador de los partidos, según Maurras, es siempre afectivo. Un hombre o nombre sirve de bandera. Una idea simple se eleva a la categoría de doctrina. Las “palabras de la tribu” le ofrecen luego una contextura sagrada que la protege y la eleva a un rango místico. Es inútil exigir la legitimación espiritual de los mitos.

El liberalismo es menos una teoría congruente, que un hábito mental y un modo de ver. También el partido conservador representa, antes que dogmas, una actitud ante la vida. Hay un espíritu conservador y un espíritu liberal, cuyos caracteres subsisten, cualquiera que sea el cambio de frente ideológico.

El conservatismo es silencioso y taciturno, el liberalismo vocinglero y fanfarrón. El uno marcha aprisa, tiene el otro un lento paso rítmico. Tiende el primero a la serenidad clásica, el segundo al vaivén romántico. En suma, dos estilos vitales.

No hay nada más tremendo que las revoluciones de izquierda hechas por temperamentos de derecha, ni nada más débil que los gobiernos de derecha regidos por temperamentos de izquierda.

Cada uno debe ser puesto en su verdadero partido, que no es el de sus disertaciones e ideas, sino el de sus maneras de actuar y reaccionar. (Idem, ps. 99-101).

Se presenta una confusión de lenguas para definir palabras como orden, libertad, democracia y espíritu

La dificultad de una nueva ordenación política se deriva no sólo del apego a los viejos rótulos, sino también de la falta de directrices ideológicas. Todos los conceptos y maneras de pensar han envejecido enormemente. No tienen significado en la actualidad. Menos sobre el futuro. Las nociones y los términos tienen que ser revisados.

El vocabulario político se ha hecho anacrónico. Nadie sabe en qué consiste, ni dónde están la reacción y la revolución, la derecha y la izquierda. Esas clasificaciones simples están sobrepasadas por una realidad compleja. Constituyen una nomenclatura arbitraria,

una etiqueta provisional que no se ciñe exactamente al contenido de las cosas que nombra. Berdiaeff las reputa como categorías provincianas de pensamiento.

En el curso de la historia unos vocablos se vacían de contenido y otros entran en actividad, en circulación, tal vez en erupción. Por eso importa definir las palabras maestras de una época. Es lo que hoy ocurre. Los términos fundamentales se han llenado de significados diversos. Orden, libertad, democracia, espíritu, que son vocablos claves, tienen tantos sentidos cuantas sean las tendencias, escuelas o grupos que las usen. No existe una común medida del léxico. Es la confusión de las lenguas. Hay que nombrar otra vez las cosas con honradez y con humildad.

La hipertensión del lenguaje concluye necesariamente en desgaste. A fuerza de hipérboles, se devalúa el vocabulario, perdiendo eficacia y forma expresiva, como ocurre en la propaganda de cine, colmada de superlativos. (Idem, ps. 101-102).

El conservatismo y las tesis de las encíclicas

El partido conservador se refugia en la doctrina de las encíclicas, planteando el problema social como un regreso a Cristo. La sociedad nueva ha de fundarse sobre una intensa estructura cristiana, no sobre un orden decorativo o una anarquía mansa, que trate de resolver con fórmulas de piedad literaria el desorden profundo de un régimen socialmente inhumano. Sólo el pregón de los pontífices hace estallar las viejas iniquidades, pues está escrito que a través de la historia las palabras de amor fueron siempre las más revolucionarias.

Las tesis de las encíclicas hay que acogerlas con el compromiso de que se encarnen en obras. Ellas sirven para descalificar con voz ortodoxa la supérstite economía liberal. El cristiano empieza por elevar el rango social del trabajo. No lo considera como una mercancía inerte, sino como algo que duda, que padece y que piensa. Es un hombre, una criatura de Dios, que en su lucha económica desigual debe ser tutelado por las leyes.

La teoría del bien común de Santo Tomás llega a establecer la propiedad privada de los bienes necesarios y la simple gerencia de los superfluos, gravados con una servidumbre social.

Dentro de un reajuste, intrínsecamente cristiano de la economía, nadie puede seguir cebándose con el sudor ajeno, ni encerrarse en su caudal como una plaza fuerte. (Idem, p. 105).

La política interviene en todo, en lo que pensamos y en lo que comemos

En el Estado moderno nadie puede evadirse de la política, voluntaria o involuntariamente. “La política es el destino”, según Napoleón. Ella interviene en todo, en lo que pensamos y en lo que comemos. Ni siquiera sembrando rábanos en una huerta recoleta se halla el individuo a salvo de ella, pues determina hasta el precio de las legumbres. Se hace política o se la padece. La única alternativa es ser su actor o su víctima. No existe un lugar fuera del Estado donde uno pueda instalar sus hambres ideales y reales de su vida, el núcleo de su vida. (Idem, p. 106).

Tradición significa transmisión y evolución

Parece que riñeran un poco entre sí esos dos términos, tradición y revolución, implicando un contraste entre un pasado yacente y un azaroso salto en el vacío.

Suele entenderse la tradición como un repertorio de anécdotas o un fardo de sucesos inertes que gravitan sobre el presente. Y se sospecha que el tradicionalismo adopta una especie de ritual hierático ante las viejas formas disecadas, con una pasión senil semejante a la de los egiptólogos, como si la historia fuese arqueología.

En verdad, la tradición, va fluyendo, pues no es una cisterna de aguas muertas, ni el aluvión de escorias que deja el tiempo. Las formas se suceden. Unas mueren y otras nacen. Sólo queda en vigor un conjunto de principios, valores, memorias y nombres, que constituyen núcleo, protoplasma y levadura de la nación, concebida como un pueblo que al envejecer adquiere conciencia de su destino.

Tradición significa transmisión. Como en todo legado, es preciso inventariar y deducir el pasivo. Lo que importa es buscar tiempo

arriba la savia germinativa del pasado, la esencia del acontecer histórico, el genio nacional que permanece inmutable a través del torrente de los hechos y el flujo de las circunstancias. La tradición sólo recoge sustancias, constantes históricas, caracteres estables. Es la yema, sin cáscaras ni cortezas.

El tradicionalismo busca, en los yacimientos históricos, definiciones y pautas acordes con el genio propio, el carácter peculiar y el ritmo profundo de la república. Se ha dicho que todos los pueblos deben volver por épocas a sus orígenes. Nuestra política tiene ese signo de rectificación y retorno, superando el ayer marchito, en pos de la historia mayor. Ella ha ido hasta el pensamiento de los libertadores, para rescatar su verdad olvidada. Abandonando las supersticiones y extravíos del pasado inmediato, quiere volver a la auténtica colombianidad, a los valores intransferibles y las raíces genitales de la patria. Ese es el porvenir del pasado, la tradición vuelta destino.

Las derechas son nacionalistas, bolivarianas y católicas. En esa nomenclatura se compendian las grandes tradiciones congruentes y vivas en cuyas matrices se puede plasmar la historia nueva.

Lo que ha muerto, por fin, es la Revolución Francesa. El Estado liberal entra en crisis, por su individualismo y su neutralidad ante la libre concurrencia económica, que es una prima otorgada a los más fuertes. Todo su sistema de valores y formas se desploma.

Por una curiosa paradoja, lo que en el partido conservador resulta vigente es su concepción jerárquica y orgánica de la sociedad, su tradición autoritaria, al par que es anacrónico cuanto lo aproxime al liberalismo clásico.

Al desplazarse el centro de gravedad de la política hacia los problemas económicos y sociales, el conservatismo tiene que refugiarse en los principios de la democracia cristiana o catolicismo social. La sociedad nueva ha de fundarse sobre una interna estructura cristiana y un reajuste del sistema económico, en que nadie pueda cebarse con el sudor ajeno, ni meterse en su caudal como en plaza fuerte. No se trata de dejar caer una fórmula de piedad literaria sobre el orden profundo de un régimen socialmente inhumano, si-

no de acabar con la supérstite economía liberal, tutelar el trabajo en su lucha desigual, planificar la intervención progresivamente intensa del Estado y plantear el debate ante el pueblo. Como escribiera alguno, después de las encíclicas no puede darse católico no intervencionista, sino a lo sumo intervencionista de mal humor. (1946, *La revolución a la derecha*, ps. 116-117).

En América latina hay disociación entre las instituciones y las costumbres, entre las leyes y los hechos

El país está atiborrado hasta el tope de incisos y parágrafos. Desde la Patria Boba, con ese gusto por las formas externas del derecho que caracterizaba la mentalidad de los golillas neogranadinos, no hacemos más que producir leyes en serie y cortarles al Estado trajes a la medida. Pero tales normas y preceptos van al desván de la historia como trastos inútiles. Ni configuran la conducta social, ni le ayudan a las gentes a vivir. Son apenas fórmula y rito con que se distraen los jurisperitos y letrados.

¿En dónde radica, entonces, la clave del problema? En la disociación entre las instituciones y las costumbres, entre las leyes y los hechos, entre la letra y el espíritu. La ley se obedece, pero no se cumple, como hacían los virreyes y oidores con las pragmáticas reales. Examinando los fenómenos políticos del continente, en América latina prevalece la falta de respeto por la ley. Los actos abusivos o arbitrarios se insertan dentro del cuadro verbal de la legalidad. (1953, *Si yo fuera constituyente*, p. 133).

La prensa libre

Resulta mejor para la tranquilidad pública una prensa libre, porque las inconformidades represadas tienen en ella una válvula de escape y los malos humores respiran por ese órgano, evitando los súbitos estallidos. Se ha dicho que la libertad es la catarsis del descontento.

No se logra con ninguna técnica uniformar las opiniones, por métodos coactivos. Cuando se sofoca la crítica, se carga de tensiones la atmósfera política. (Idem, p. 137).

La misión de los intelectuales

La misión de los intelectuales radica en participar abiertamente en la vida pública, en contacto con el pueblo, sirviendo de emisarios a sus ansias y anhelos. Más que nunca las masas perplejas necesitan guías.

Ya no es tiempo para los ocios dialécticos, para los lujos y devaneos de la inteligencia, para la amable cetrería mental de salón, cazando al vuelo ideas aladas y metáforas fortuitas. Todo diletantismo es inmoral y sinvergüenza. No es posible componer acrósticos indolentes, mientras la civilización entra en derrota y sobreviene la invasión vertical de los bárbaros. Podría ocurrirnos lo que a aquellos romanos de la decadencia, en los finales del Imperio, que al ser su mundo sacudido por un dinamismo nuevo y extraño a su naturaleza no supieron oponer más que una lánguida ataraxia interior. El pensamiento tiene que tomar partido en las luchas colectivas, ponerse al servicio de la vida y mantenerse en dura vigilancia guerrera. La traición de los intelectuales no consiste en enrolarse en las comunes tareas humanas, sino en ser meros espectadores de un mundo que quiere nacer y no puede hacerlo sin su socorro. (1954, *La función de la inteligencia*, p. 147).

Lucha contra la violencia

El apaciguamiento de las pasiones es y debe ser el resultado del entendimiento de los partidos, la base previa de cualquier gestión política ulterior.

Es un deber de las clases dirigentes renunciar a explotar la industria política del odio. El país no se puede seguir desangrando, sacrificando más víctimas a unos carnívoros ídolos del foro y empleando el hirsuto vocabulario de la tribu. Para erradicar la violencia del terrorismo físico o moral, el aparato del miedo, no bastan las declaraciones platónicas que la reprueban. Es necesario perseguirla en sus últimos asilos, liquidar con rigor los instintos antisociales y no permitir que un hampa rebotada quiera dignificarse con pretextos políticos para consumir atroces fechorías y crímenes abominables. Un Estado que no puede cumplir los deberes prima-

rios de tutelar a sus súbditos en su vida, honra y bienes, ha de concentrar su energía en ese objetivo antes de dar curso a otros empeños.

Ningún partido podría tolerar sin afrenta que semejantes delinquentes se guareciesen bajo su bandera, ni que las cuadrillas de malhechores pretendieran servirle de fuerza de choque. La subsistencia de los bandoleros en armas obstaculiza la vuelta al orden, siembra el terror, crea la inseguridad y contribuye a desplomar la economía del país. La ciudadanía en pleno, sin discriminaciones, tiene que participar en la cruzada punitiva, cuando menos moralmente. Compuestas por grupos móviles de malhechores atacan sorpresivamente villorrios y fundaciones agrícolas, teniendo como aliados el paisaje y la topografía para sus rápidos repliegues. Suelen operar en regiones escasamente pobladas o selváticas, perdiéndose en la vastedad de los valles o en la espesura del bosque, lo que dificulta la persecución y castigo por las fuerzas regulares del ejército. No es posible que este país, que no le consiente al Estado la pena de muerte en el ejercicio del derecho social de castigar, permanezca impávido cuando los malhechores y bandoleros llevan a cabo ese trágico exterminio con caracteres infrahumanos de crueldad y sevicia.

El desarrollo económico, el sosiego de las ciudades, el desenvolvimiento de las faenas agrícolas no se sostienen espontáneamente, sino que descansan sobre la conducta abnegada y alerta de las fuerzas armadas. (1957, *Lo popular en la política*, ps. 149-150).

La concordia política precave una caída en el desorden y detiene la violencia

La concordia política no es la ausencia de diferencias ni el repliegue de las ideas, ni una estúpida beatería mental.

La paz es el presupuesto de la república recuperada. No podemos transmitir el pasivo de odio que gravita sobre las generaciones colombianas como una dolencia síquica, como una tara histórica. Nada sería tan insensato como que los partidos se obstinaran en mantener la descomedida reyerta y desbaratar los cuadros del Estado, en lugar de consolidar el piso constitucional sobre el cual se

mueven. Si se derrumban los heredados muros del derecho, el estrago afecta a todos por igual. Precisa sustituir la dialéctica del rencor con una noble porfía y patriótica emulación al servicio del país. No se trata de prestaciones y contraprestaciones, pujas y regateos, trucos y vivezas. El objeto del diálogo es trabajar dentro de un nuevo ámbito político y restablecer el *fair play*, la concordia civil, para precaver una caída en el desorden y propiciar el funcionamiento del sistema democrático, bajo la tutela de la ley.

Hay que buscar una vida nueva y empezar por enterrar piadosamente a los muertos, conforme a la fórmula cristiana. El país necesita una especie de catarsis, como los griegos denominaban el estado en que queda el alma purificada después de haber visto el rostro de la tragedia. La memoria hecha “un cesto de llamas”, el vituperio y la diatriba, el debate airado de mutuas recriminaciones políticas, agravan los antagonismos e interfieren la convivencia. No podemos convertir las tumbas en almenas y proseguir esta vendeta corsa con exterminio recíproco, dejando a las generaciones posteriores una herencia de odio y una consigna de revancha.

Se requiere una reconciliación cristiana porque el país no tiene otra salida. (Idem, ps. 151-152).

El poder, la oposición y los partidos son necesarios para el funcionamiento de la democracia

¿Cuáles son las dos esferas particulares recíprocamente inviolables? El poder y la oposición. La mayoría tiene el derecho de gobernar y la minoría el de ejercer la oposición y criticar a la mayoría, para tratar de llegar al poder. Es por esta razón por la que en las democracias la oposición es un órgano de la soberanía del pueblo tan vital como el mismo gobierno. Suprimir la oposición significa suprimir la soberanía popular.

Los partidos son órganos necesarios para la formación de la voluntad estatal y vehículos de la opinión pública. No se puede imaginar una democracia sin la presencia de esos núcleos, pues ella requiere esencialmente un sistema plural de partidos, a través de los cuales se expresan las fuerzas vivas de un país y se encuadra orgánicamente a la ciudadanía. Su función consiste en formular progra-

mas políticos, conducir o fiscalizar el gobierno, proveer candidatos para los cargos electivos y darle unidad a la gestión del poder. Bajo distintos idearios, temperamentos y estilos, ellos están al servicio del interés nacional, tal como lo interpretan y conciben. Todos los términos y conceptos políticos tienen un sentido polémico. Dentro del estado pluralista de partidos el acento se carga sobre una diferencia de orden programático, pues en caso contrario la política descende a una mera puja por los cargos y granjerías para la respectiva clientela. (Idem, ps. 157-158).

El primado del ejecutivo

Para el partido conservador, uno de los postulados básicos de la organización política es el primado del ejecutivo, en que el presidente no es apenas la cabeza ornamental del Estado, un órgano registro de la versátil voluntad de las asambleas, sino que gobierna efectivamente. Es lo que suele llamarse principio o ley bolivariana, pues el Libertador le atribuye al magistrado republicano más recaudo de autoridad que a un príncipe constitucional, porque en estas democracias latinas de América, llenas de gérmenes disgregativos y tendencias centrífugas, necesitaban a su parecer un establecimiento sólido, cuyo centro de gravedad descansara sobre un poder eficaz. El presidente es la clave del arco de la estructura del Estado, el eje de la constitución efectiva y de los estatutos políticos del continente. (Idem, p. 159).

El acento de la política recae sobre lo social

Hoy el acento de la política recae sobre lo social. Las masas han llegado a la escena histórica. Ese fenómeno potente no puede ser evadido. Hay que contar con el suburbio, con el arrabal, con la vereda, con los diseminados bohíos del terrazguero y del peón rústico. Antiguamente se podía hacer una política de minorías egregias, al margen de las masas. Ahora está presente en ella el pueblo, ese montón oscuro y formidable que hace la historia.

Es preciso resolver sus urgidas necesidades, sosegar su desespero, satisfacer sus ansias de una vida más humana y más justa, darle la

mayor cuota de bienestar disponible. Solamente así se atempera la lucha de clases y se superan los antagonismos económicos de una sociedad dividida. (Idem, p. 162).

*Sobre la Constitución de 1886: necesita reformas
en cuestiones económicas y sociales
como imperativo de los tiempos*

Yo creo que la Constitución del 86 es una obra magistral, llena de sentido histórico y *sindéresis*. Puede decirse que ella es el programa del conservatismo al par que un estatuto nacional al haber sido jurada por presidentes de distintos partidos y aplicada por sucesivos gobiernos. Sus principios básicos en el orden político —como la república unitaria, la descentralización administrativa, las relaciones con la potestad eclesiástica, la libertad civil en el Estado cristiano, el régimen presidencial— están destinados a sobrevivir. Pero al lado de ellos es necesario un cambio en varios órdenes, particularmente en las cuestiones económicas y sociales en que recae hoy el acento de la política. Es el imperativo de los tiempos. Ya no nos movemos en el ámbito de la Revolución Francesa. Las masas han entrado en escena.

Alguien ha dicho que el orden es un trabajo de Sísifo que el hombre debe hacer y rehacer continuamente, un edificio siempre en reparación, porque comienza a arruinarse al mismo tiempo que se construye. Uno de los errores más graves de la pereza humana es creer que el orden se conserva siempre manteniéndolo tal cual es. En realidad, la única forma de conservarlo consiste en reconstruirlo constantemente. Los únicos conservadores verdaderos son los reconstructores.

En el pueblo existe como la esperanza de un cambio, una forma más humana y más justa de coexistencia, el advenimiento de una revolución histórica —usando la palabra en un sentido constructivo— como acelerado ritmo de adaptación y cambio que se ha demorado y frustrado en diversas coyunturas.

Los datos de la experiencia, las constantes históricas del país, sus fuerzas espirituales profundas, su realidad geográfica, su com-

posición étnica, el desarrollo de su economía, son mejor material de consulta que la apresurada lectura de textos foráneos.

No se puede construir una constitución con materiales pre-fabricados en ultramar. Tampoco existen en sobres lacrados eventuales curas energéticas para estados valetudinarios. Cada nación tiene su vida misteriosa y peculiar, su perfil propio, su genio nativo.

A través de su historia, el conservatismo nunca ha querido instalar una modistería ideológica para mudarle leyes al país como trajes vistosos, sino que tiene en cuenta el orgánico desarrollo de la sociedad civil, para que la ley se adapte a sus necesidades vitales y le sea tan cómoda como la propia piel. (1952, idem, ps. 165-166, 196).

Conservar es adaptación, asimilación y regeneración

Nada más contrario a nuestro criterio que la cristalización del pensamiento político dentro de fórmulas rígidas. Conservar en el orden social, como en la vida orgánica, es verificar las funciones de adaptación, asimilación y regeneración. (1952, *Modistería ideológica*, p. 194).

La mujer puede participar con derechos políticos plenos

Los viejos prejuicios son arrasados por el huracán de los hechos. La mujer ha salido del pórtico familiar, bajo el apremio de necesidades vitales. Aspira a ser par del hombre y verídica compañera suya conforme al mandato bíblico, copartícipe de sus penas, sus júbilos y sus enigmas. Los hábitos sociales cambian, el hombre y la mujer se nivelan, pero ayer, hoy y mañana el amor seguirá haciendo su victoria y su estrago en la eterna gravitación cohesiva de los sexos.

No será posible tratar a la mujer como un hueso supernumerario, según el duro apóstrofe de Bossuet. Ella como el hombre tiene un espíritu, complejos de motivación, vivencias, impulsos que la sobrepasan. Económicamente activa en su hogar o su empleo, vinculada al suelo natal por raíces muy fuertes, es el otro soporte de la sociedad, cuyo gobierno y destino le interesan.

Un criterio en boga es el mantenimiento del equilibrio dinámico del Estado mediante la concurrencia de fuerzas de distinta velocidad y sentido. En esto se funda el sistema bicameral. Se establece al efecto una cámara popular, móvil, levantisca, acalorada, cuyos impulsos se apaciguan en el Senado, que es un refugio de varones maduros, cogitabundos, con más experiencia que entusiasmo. La participación de ambos sexos en la vida pública realizaría ese objeto del modo más espontáneo y auténtico. Según los biólogos actuales, el metabolismo orgánico varía en la mujer y en el hombre, es catabólico y anabólico, dispendioso y acumulativo, respectivamente. Este hecho biológico, prolongado en la política, haría de la mujer el elemento de conservación y reposo, mientras el espíritu creador del varón produce nuevas conquistas.

Basta pensar en una mujer humilde, cabeza de familia, empleada de taller o mostrador, costurera de barrio, para darse cuenta cómo repercuten sobre su vida los problemas sociales y económicos, sin que tenga aptitud legal para ser representada en las funciones del Estado. Ella sufre, lucha y espera, en la misma dramática angustia del hombre, con idénticas victorias y derrotas, ascensiones y caídas, alegría y congojas. La conquista de los derechos políticos de la mujer es el remate y ápice del movimiento ascensional femenino, cuyos orígenes se remontan al Evangelio. Cristo la equiparó con el hombre ante Dios y le reconoció la misma alma. Su Iglesia estableció a favor suyo la monogamia y el vínculo conyugal perpetuo, así como la honró, colmándola de excelsitudes y devociones, en la figura de María. Hoy en casi todos los países se le reconoce igualdad de derechos civiles y políticos. Pronto la inferioridad de la mujer será una aberración histórica, como ya lo es la esclavitud de los negros, como va a serlo la servidumbre de los pobres. Con el concurso de las mujeres se puede fundar una sociedad terrestre, donde se rescate la esperanza. Ellas traen consigo un lote de tradiciones, memorias, mitos del pasado, pero a la vez horadan el futuro para defender el destino de su estirpe, la seguridad del hogar para sucesivas generaciones.

La igualdad ante la ley que está actualmente vigente no se funda en nociones demo-liberales, sino en la dignidad de la persona humana, que es una idea cristiana precisada gracias a la teología. Todos los hombres son iguales, porque tienen un alma, porque en to-

dos ellos padece la criatura, porque en cada ser mora el espíritu. (*La mujer entra en escena*, ps. 209-212).

Del hombre público frente a la opinión pública

El hombre público tiene que escoger entre la riqueza y el poder, entre lo confortable visceral y la ambición histórica, entre los negocios y la política, pues su contubernio es vitando. No tiene derecho a reclamar la adhesión de sus conciudadanos, ni pretender conducirlos hacia metas ideales, si hace un aprovechamiento indebido de su fuerza y prestigio. Sus deberes morales son más rigurosos, ya que tiene que rendirle cuentas al público de todos sus actos.

Una opinión pública alerta vale por muchos incisos y párrafos. El debate público, la libertad para dar a conocer los escándalos administrativos, con suficientes precauciones y salvaguardias para que no se proceda sin pruebas a averiar la honra ajena, es un escarmiento más eficaz que el moroso trámite de la justicia. (*Incompatibilidades*, ps. 214-215).

No hay un arte de construir Estados en serie

Cada Estado engendra su propia forma. No se le puede llevar a un taller de reparaciones para que lo ajusten y transformen los técnicos, ni desmontarlo al antojo como si fuese un artefacto mecánico. El Estado tiene una vida misteriosa y peculiar, determinada por su experiencia histórica, las fuerzas latentes del pasado, la índole de sus habitantes, sus circunstancias étnicas y geográficas, el volumen de su economía, el nivel de su cultura y múltiples factores intransferibles.

No hay un arte de construir Estados en serie.

Ahora hemos descubierto que no se puede importar un último modelo de Estado, como si se tratase de un automóvil o una refrigeradora. No existe una técnica para formar pueblos, ni organizarlos sobre planos cuadriculados. (*La superstición de la técnica*, p. 218).

*No hay que perderse en devaneos
especulativos, sino enfrentarse a la
soberanía de lo real con más sustancia
humana y alimentos terrestres*

No podemos retrotraer las disputas decimónicas ya superadas por el país, ni perdernos en devaneos especulativos que recuerdan los buenos tiempos de la querrela de los universales. Eso sería frustrar el ambicioso anhelo de hacer una patria nueva. Nada tan funesto como reincidir en los hábitos mentales de los bizarros abuelos, que al decir de alguien solían abandonar el tresillo para jugarse la vida en paro por un sustantivo abstracto, por un adjetivo y hasta por una interjección. No era solamente el patético antagonismo de doctrinas filosóficas. Basta recordar que en el siglo pasado hasta el uso de la “y” griega y la “i” latina diferenciaba como signos de ortodoxia a los partidos colombianos. Ese conflicto ortográfico le produjo a la República más de una hemorragia. El clima romántico dejaba sitio para todo, menos para las realidades. En una pobre tierra sin caminos, sin escuelas, sin despensa, los jurisperitos y retóricos creaban los más singulares problemas, metidos en el limbo de la utopía o dispuestos a embutir el país dentro de las formaleas teóricas de los textos ultramarinos.

Ahora debe volver la soberanía de lo real. Nuestro pensamiento necesita nutrirse de más sustancia humana y alimentos terrestres. El racionalismo ha sustituido la esencia de las cosas por la fórmula. Los signos, las cifras, las anotaciones algebraicas, los términos extranjeros, la pedantería formalista de la técnica desvirtúan los hechos obvios y los datos elementales. Los conceptos prefabricados se superponen al viejo universo natural.

Nos parece que en la organización de un país puede emplearse un método análogo al de la arquitectura funcional. Ella no parte de la columna dórica, ni el orden romántico, ni la ojiva gótica, ni los demás estilos, sino que se ocupa del hombre y su morada, pensando no en los cánones, sino en las necesidades de la vida. (*Alegato por los de abajo*, p. 219).

*El partido conservador debe canalizar y orientar
el ímpetu del movimiento obrero*

Una concepción materialista de la historia, cargada de rencor y convertida en mito explosivo, quiere tomar posesión del mundo. El odio abisal irrumpe en tremenda avalancha, amenazando destruir valores tradicionales y fidelidades lentamente construídas. La hora dorada avanza otra vez por la estepa hiperbórea. Bajo su impacto espiritual y físico la ingente fábrica de la civilización de Occidente cruje sobre sus goznes. Cualquiera que sea el resultado de esa lucha de dos mundos, es evidente que el hombre no podrá volver a instalarse en el idilio burgués anterior a la catástrofe.

El movimiento obrero puede tener un transitorio receso, un interregno impuesto por las circunstancias, pero a la postre recupera y acrecienta sus bríos. El partido conservador debe canalizar y orientar el ímpetu de esas fuerzas.

El desvío que en algunos altos círculos se tiene por los sindicatos, que defienden legítimos intereses económicos y sociales de clase, es contrario a nuestra postura doctrinal. El partido conservador, conforme al pensamiento social católico, considera no solamente lícita sino necesaria la organización gremial. Resultaría curioso y extravagante que quienes sustentan un régimen corporativo o al menos una cámara sindical, sobre supuestos un tanto prematuros, empezasen por romper o arrumbar los núcleos organizados del trabajo.

Después del idilio medioeval de los oficios, con el encuadramiento de la economía artesana en corporaciones y gildas, la Revolución Francesa estableció la libertad de trabajo y reputó la asociación profesional como un delito. Pero ocurrió entonces que la desahogada concurrencia económica, la abundancia de la oferta de brazos, puso al obrero a merced del patrono, porque la simetría jurídica del contrato de trabajo se rompe en contra del operario, necesitado de ocupar su fuerza vital en una actividad lucrativa para su sustento. Por eso se hizo inevitable la vuelta de la asociación y el advenimiento del moderno sindicalismo, que es una liga de resistencia, cuyo instrumento defensivo es la huelga, en que el obrero "coge sus brazos y se va". En este acto se manifiesta el poder del

pueblo, que como decía Mirabeau, para ser formidable le basta con permanecer quieto. (Idem, ps. 220, 222-223).

Los peligros del culto de la máquina y del técnico

La máquina es el nuevo Baal, la versión moderna del becerro bíblico, a la que se rinde un culto supersticioso. Según alertas vigías del espíritu, la técnica se ha convertido en uno de los mitos de la época, en una religión materialista, en una de esas místicas laicas con que el hombre desasido de Dios quiere colmar el cuévano vacío de su alma.

El especialista aparece como el mago de otros tiempos, revestido de un poder taumatúrgico sobre los elementos, que oficia en los sublimes misterios de una ciencia esotérica, en medio de retortas, fórmulas algebraicas, números cabalísticos. Se tiene un temor reverencial por su abstrusa terminología profesional y sus cifras herméticas.

No se puede esperar la salvación de los técnicos de la producción y la organización. Son admirables las conquistas sobre la materia, la inventiva y fuerza creadora del hombre, que le han permitido utilizar en su provecho el mundo inorgánico. Las grandes empresas fabriles demuestran capacidad coordinadora y sólido orden. Pero la vida social no puede construirse al modo de una gigantesca máquina industrial. El demonio de la organización invade y tiraniza al espíritu humano. El Estado, que debe ser la comunidad moral de los ciudadanos, se va convirtiendo en una todopoderosa maquinaria administrativa que extiende su mano sobre casi toda la vida. La escala completa de los sectores político, económico, social e intelectual quiere que sea materia de su administración y objeto de su tutela. Es la estadolatría el Estado antropófago que devora a sus súbditos.

La verdad es que las conquistas de la técnica, los descubrimientos científicos, el prodigioso avance en la explotación de las fuerzas naturales, han desvirtuado el arduo trabajo del hombre para edificar un mundo aproximadamente a su medida. La civilización crea tantos problemas cuantos resuelve.

Tal es el culto de la máquina y del técnico, su sacerdote sapiente, que se ha llegado a plantear como fórmula política la tecnocracia, un gobierno directorial compuesto de peritos, con la estadística como breviario y guía. En el antagonismo entre capitalismo y socialismo, se presenta como salida la revolución de los directores, el acceso al mando social de los técnicos, una nueva feudalidad creada por los gerentes que van formando una clase gobernante cerrada. Una aducta burocracia de especialistas sustituye al ladino político profesional en el manejo del Estado.

No tiene el especialista la visión de conjunto de las cosas, que es propia de la cultura integral, sino que apenas se mueve con acierto en su circunscrita parcela, en su porciúncula de universo. Ajena a los principios y valores de la civilización, fuera del área de sus conocimientos, es un primitivo, un bárbaro que emerge por escotillón en un mundo cuyo complicado mecanismo utiliza sin importarle su origen.

El mundo se ha mecanizado. Es el auge de la cultura maquinista y el saber técnico. Las fuerzas inorgánicas de la naturaleza han sido obligadas a trabajar, puestas en tensión y sometidas al yugo, para aumentar el poder del hombre. Pero a la postre la técnica ha resuelto sustantivarse y desplazar los valores a cuyo dominio estaba sometida. Se produce la insurrección general de las cosas contra el espíritu. Un mundo artificial de formas y fórmulas se superpone al viejo universo natural. La civilización se convierte en una máquina, en vez de tener los utensilios técnicos al servicio de una vida mejor.

El individuo es una categoría natural, biológica, sociológica, mientras la persona se extiende a otra dimensión del ser, que es el espíritu. El individuo representa un aspecto aislado del hombre, un sujeto esquemático movido por pasiones elementales, mientras la persona es el ser completo, en cuerpo y alma.

La noción del bien común y la dignidad de la persona humana son los pivotes de la estructura católica de la política. (*Un mensaje admonitorio*, ps. 246-248).

Diferencias entre conservatismo y liberalismo

Así, pues, históricamente el conservatismo nunca ha considerado la libertad “un prejuicio burgués y una creación del desempleo”. Tampoco ha sido proclive al absolutismo, ni ha sostenido la conveniencia del tirano bienhechor o el gendarme necesario. Conforme al principio bolivariano, que preconiza la existencia de un ejecutivo fuerte en estas democracias tórridas, nuestro partido mantiene su adhesión al régimen presidencial, en que el mandatario no es simplemente la cabeza ornamental del Estado, sino que ocupa el vértice del gobierno, con prerrogativas propias para tutelar el orden. Pero jamás ha defendido la absorción total del poder por uno solo de sus órganos. Hasta ahora no ha ido tan lejos en las fórmulas autoritarias, pues como decía Platón, los regímenes se desgastan por la exageración de su principio.

Al desembocar en el nuevo siglo, en que las cuestiones económicas pasan a la vanguardia y se presenta como fenómeno histórico el movimiento ascensional de las masas, mientras el liberalismo emigra hacia una especie de postura radical-socialista, agregando cierto contenido de izquierda a sus mitos pretéritos, el partido conservador se ha hecho intervencionista, mediante la adopción de las tesis social-católicas. Y el centro de gravedad de su pensamiento político recae sobre la noción del bien común y los fueros de la persona humana. (1953, *El fundador del partido*, p. 263).

*Los partidos no son vanas casualidades racionales,
sino la presión de las emociones hereditarias*

Una superstición intelectual hace que la política se analice exclusivamente en función de las ideologías, cuando ella abarca al hombre integral, que no existe únicamente porque piensa. En todo movimiento colectivo hay valores que escapan a la simple pauta del raciocinio, profundas corrientes emocionales, ingredientes extralógicos. Maurras declara que el factor generatriz de los partidos es de índole afectiva. Su examen se ha descuidado. Un repertorio extático de conceptos y un museo de teorías no basta para desatar la acción política. Se requiere una idea-fuerza, una noción relativa a la que se atribuya un valor absoluto, lo que en el lenguaje con-

temporáneo se conoce como mitos, los cuales no requieren legitimaciones intelectuales, sino que personifican oscuros anhelos colectivos. La fuerza de los partidos se deriva de esas nociones simples cargadas con un potencial de fe, en los sentimientos que expresan. Se puede refutar una teoría, pero no una pasión.

Aquí ordinariamente no se empadronan en cada partido tanto los individuos como los linajes. Se hereda el rótulo de un partido junto con el apellido. Es una especie de fidelidad ancestral. La justificación dialéctica de ese hecho viene después y es privativa de las minorías ilustradas. Pero lo que primariamente determina el vínculo no son vanas casualidades racionales, sino la presión de las emociones hereditarias, el misterioso reducto de los sentimientos, la influencia de una memoria más profunda que la vida. Desde el fondo de la sangre surgen esos llamamientos. (*La supervivencia de los partidos*, p. 293).

En la universidad encuentra expresión la conciencia nacional, los valores espirituales de un pueblo, su realidad histórica

Se trata de esclarecer si la universidad cumple adecuadamente ese programa. Un país necesita profesionales idóneos, un equipo de técnicos con suficiente maestría y dominio en ciertas provincias del saber. Además, la universidad, aparte del suministro de diplomas con arreglo al pênsum, debe ser la depositaria de la cultura en su sentido humanístico y un laboratorio que acreciente los conocimientos científicos. En ella tienen que encontrar expresión la conciencia nacional, los valores espirituales de un pueblo, su realidad histórica. Tales objetivos no los realiza un claustro petrificado en formas rígidas, ni el bizantinismo de una cultura desvitalizada, ni la simple emisión anual de doctores.

La universidad no tiene vías de comunicación con la vida pública y las circunstancias nacionales. Flota en un limbo de abstracciones eruditas, sin residencia en la tierra. Para cumplir su misión ha de suministrar a los estudiantes una versión verídica del país, su pasado y su presente, sus grandezas y sus fallas, lo que nos sobra y lo que nos falta, los problemas que lo asedian y sus eventuales soluciones.

El universitario desembarcado de esa ficción escolar corre el riesgo de desesperarse y volverse escéptico sobre su propio país, que arduamente ha ido superando su precaria civilización de bahareque. Por eso hay que entrenarlo en la verdad, orientarlo hacia una dura tarea histórica y someterlo a un riguroso aprendizaje para el servicio del Estado. (*El movimiento de la juventud*, ps. 296, 308).

*La doctrina católica también apareja
un código social de conducta*

La doctrina católica no solamente contiene esperanzas ultraterrenas, sino que apareja un código social de conducta. Hay una concepción cristiana del Estado y la sociedad civil, con arreglo a cuyos principios debe organizarse la ciudad terrestre. En ella ocupa el centro de gravedad la persona humana, como microcosmos, como totalidad viviente, como núcleo de valores intransferibles, que necesita de la libertad como ámbito para realizarse y cumplir sus fines. La noción de persona tiene un origen metafísico y ha pasado de la teología a la política.

Según el cristianismo, el hombre es un compuesto de tiempo y eternidad. Su esencia radica en que une el cielo y la tierra, lo divino y lo humano. Por eso el católico ha de serlo en el conjunto de sus actos, porque en su religión vincula la totalidad de su ser y tiene que realizarla en la plenitud de su vida. La Iglesia no promulga solamente dogmas, ni eleva preces, ni practica ritos, sino que abarca la conducta integral del hombre.

También la religión católica ha defendido los derechos de la persona obrera y se ha convertido en personera de los pobres, como en los tiempos de la Iglesia primitiva. Ella se pronuncia contra un régimen social inhumano, cuyos postulados se encuentran en los antípodas de la cruz. El sistema plutocrático, fundado en incentivos de lucro, ha convertido al hombre en una mercancía y lanzado al nihilista desespero, al oscuro montón de los de abajo. Contra esas iniquidades se lanza el pregón de los pontífices.

Se necesita, frente a los males de la sociedad contemporánea, una política cristiana, no en la apariencia y el alarde, sino radical

e intrínsecamente cristiana, que no contemporice con un orden puramente decorativo y que reajuste el sentido de la vida humana. (*La tregua de Dios*, ps. 298-299).

La misión del conservatismo

La misión del conservatismo, instalado en el poder, según su clásico estilo de gobierno y el mandamiento de su doctrina, es restituirle a la República su perturbado equilibrio, la plenitud del derecho, la pacífica convivencia dentro del marco de la ley, el imperio de la justicia, la seguridad en ciudades y campos, el acelerado ritmo de progreso, el respeto a los fueros de la persona humana, la libertad en el orden, las garantías al trabajo y el amparo tutelar para las clases desvalidas. Se trata de una empresa de restauración nacional, con muy ambicioso diseño histórico. (*Siete años después*, p. 300).

De la violencia tiene que surgir la concordia como un estado del espíritu

Nos hemos embriagado con las acres uvas del rencor. Cada partido tiene sus víctimas caídas, su derramada sangre, sus atroces memorias pertinaces, sus agravios, sus pasiones en acecho. El desarme moral es tarea lenta. No constituye un acto, sino un proceso. La concordia no se decreta. Tiene que emerger como un estado de espíritu. (*Un gobierno de opinión pública*, p. 396).

La revolución no es necesariamente un período de disturbio

La revolución no es necesariamente un período de disturbio, con sus minorías proféticas de choque y su efímera hiperestesia popular, sino que puede ser un raudo compás de cambio, en que la historia hace funcionar el acelerador. Cuando un antiguo régimen de cosas persiste en la inercia y se sobrevive a sí mismo, no es más que un desorden. La vuelta al orden es entonces una evolución forzada: vale decir, una revolución. El dinamismo de la vida no admite las formas petrificadas, yertas. El movimiento es el estado nor-

mal de los cuerpos vivos. La política, como la física, tiene un carácter cinético. (1954, *Revolución y tradición*, p. 398).

La tradición sólo recoge sustancias, constantes históricas, caracteres estables

Pero la tradición tiene un sentido fluvial. Es algo en movimiento. No una cisterna de aguas quietas, ni el aluvión de escombros que deja el tiempo. Las formas se suceden. Unas se derrumban y otras se alzan. Son accidentes. Sólo queda en pie un conjunto de principios, valores, memorias y nombres, que constituyen núcleo, protoplasma y levadura de una nación, concebida como un pueblo que al envejecer adquiere conciencia de su destino.

Tradición significa traslado y entrega. Lo que se trasmite es un bagaje lentamente acumulado en el curso de la historia, un patrimonio en depósito de sucesivas generaciones, un lote de experiencias y nociones que constituyen el avance interior del hombre. Por eso es necesario que a cada paso nuevo, a cada tramo de historia, se incorpore la mayor cantidad de civilización, es decir, de pasado.

Pero como en toda herencia, es menester inventariar y deducir el pasivo. Lo que importa es buscar tiempo arriba la savia germinativa del pasado, la esencia del acontecer, el genio nacional que persiste a través del flujo de los hechos y las mudanzas circunstanciales. La tradición sólo recoge sustancias, constantes históricas, caracteres estables. Es la yema, sin cáscara ni cortezas. (Idem, ps. 398-399).

La desesperación de las masas depauperadas se extirpa con la liquidación del hambre, del desempleo y de la carencia de un adecuado nivel de vida

La desesperación de las masas depauperadas, sus condiciones infrahumanas de vida, la falta de congruo sustento, son el caldo de cultivo específico del virus revolucionario. No vale la pena decodificar las ideas subversivas como mercancía de contrabando, ni es

suficiente tomar medidas de policía contra las actividades antinacionales de un partido de apátridas. Hay que liquidar los más efectivos agentes comunistas, que son el hambre, el desempleo, la carencia de un *mínimum vital* compatible con la dignidad de la persona humana. (*El frente anticomunista*, ps. 401-402).

No existe aislamiento de los acontecimientos en el mundo

Nada puede hacerse sin que el mundo entero se mezcle. Es un cambio de escalas al que no se acomodan la vieja geometría histórica y la primitiva mecánica política. La tierra habitada se ha ligado por tales conexiones, que cualquier acto en una remota comarca engendra un cúmulo de resonancias y efectos por doquiera. (*Un documento de Estado*, p. 403).

Necesidad del intervencionismo de Estado

El Estado dirige la economía nacional. Ese es el hecho. Y va a seguir dirigiéndola, sea que el principio se inserte claramente en la Carta o que se desfigure en un escamoteo verbal. Controla los precios, establece retenes aduaneros contra la competencia foránea, con manipulaciones monetarias trata de regular las curvas inflacionarias y depresivas, controla los cambios para evitar una balanza de pago deficitaria, regula el mercado de trabajo en busca de pleno empleo, incrementa la producción y le consigue consumo doméstico. Tutela a los obreros y rige el comercio exterior. Y hace otras cosas análogas. Ese es un dirigismo benéfico y tutelar, en defensa de la economía nacional. Nadie se siente oprimido, sino amparado. Si se suprimiera de súbito, todos a una, los productores y los consumidores, los industriales y los comerciantes, los agricultores y los artesanos, los ricos y los pobres, se sentirían lanzados a la intemperie, desvalidos y vulnerables. Antes el individuo le pedía al Estado neutralidad económica, para expandirse a sus anchas. Ahora nadie quiere ver desbaratada su seguridad en la vorágine de las fuerzas económicas desatadas. Ninguno de los interesados discute el derecho y el deber del Estado para dirigir el conjunto de la economía. (*Llamar las cosas por su nombre*, ps. 412-413).

*Es menester garantizar la más amplia libertad
asociativa de los cuadros gremiales*

El pensamiento social católico ha sido históricamente partidario de las asociaciones gremiales que el derecho cristiano medieval reconocía como marcos naturales, al igual de la familia y el Estado. Fue el individualismo triunfante de la Revolución Francesa el que deshizo la organización profesional y reputó como delito el encuadramiento corporado de los oficios. La indefensión del obrero frente al capital, en la ficticia simetría del contrato de trabajo, produjo el regreso al sistema asociativo y dio nacimiento al sindicalismo contemporáneo.

El Estado de derecho liberal burgués, la democracia política, no ha podido resolver una serie de antinomias y contradicciones en el frente de trabajo. Las formaciones sindicales resultan dentro de su vetusta estructura núcleos extraños, coágulos o quistes que no puede absorber o insertar en su sistema. La crisis del Estado se debe a esos cuerpos intermedios, disgregados o crecidos prolíficamente al margen de los cuadros constitucionales que amenazan su equilibrio, a menos que los reintegre a su órbita y les asigne un lugar propio, una función específica en el ordenamiento del poder.

Es un callejón sin salida para el llamado Estado liberal de derecho. Después del idilio medieval de los oficios, con su economía artesana organizada a través de corporaciones y gildas, se liquidaron los privilegios profesionales, se desbarataron los gremios y se impuso la irrestricta libertad de trabajo. Pero ocurrió entonces que la desaforada concurrencia económica, la abundancia de la oferta de brazos, puso al obrero a merced del patrono, para ocupar su fuerza vital en una actividad lucrativa que le diese el sustento. Vino entonces el sindicalismo, que es un subproducto de la máquina, en que el proletariado se atrinchera y defiende, con un sentido de clase, para asegurar sus fueros humanos y sus reivindicaciones económicas. Su instrumento más formidable es la huelga, que es una herramienta coactiva, comporta el consentido trastorno del orden público y la vida económica, por fuerza de las necesidades sociales. No puede suprimirse, sin dejar al obrero inerme. Esos conflictos irreductibles y esa estatuida anarquía sólo se resuelven dentro de otro tipo de Estado, que concierte orgánicamente los dos miem-

bros de la producción, capital y trabajo, bajo la tutela del poder público. Los sindicatos dejarían así de flotar a la deriva para convertirse en células primarias y expresión jurídica del Estado.

Pero dentro de la vieja concepción del Estado y el ordenamiento jurídico-político de la República, el único *status* posible es la libertad sindical. Estando nosotros adscritos a ese Estado de derecho y siendo necesarias las asociaciones obreras, para la defensa del proletariado frente a los excesos y abusos del régimen capitalista, entonces es menester garantizar la más amplia libertad asociativa, sin obligar directa o transversalmente a los trabajadores a matricularse en determinados cuadros gremiales. La unidad sindical obligatoria es contraria al funcionamiento regular del sistema.

En todos los países democráticos, con un sindicalismo avanzado, han coexistido diferentes núcleos confederados del trabajo, en torno a los cuales los obreros se congregan autónomamente. (*La libertad sindical*, ps. 471-472).

La colonización reduce la propiedad minifundiaría en un país de enormes superficies incultas

La colonización está destinada a convertir en propietarios a innumerables campesinos sin tierra. En verdad nuestra política agraria ha sido bastante errónea, porque el Estado se ha limitado a parcelar unos pocos latifundios, comprando a muy alto costo títulos apollados de dueños ausentistas que nunca hicieron una adecuada explotación económica de sus heredades. Tales parcelaciones no solamente gravan al colono con un precio excesivo por hectárea o fanegada, sino que fomentan la propiedad minifundiaría en un país de enormes superficies incultas. (1955, *La colonización planificada*, p. 503).

Hacia una política en materia de cooperativismo bajo la intervención del Estado

En un país sin tradición solidaria, sin conciencia asociativa, el principio de libre acceso y de libre retiro, por ejemplo, equivale a

mantener a productores y consumidores en su aislamiento. En esto de desacostumbrar a un pueblo a sus vicios y manías —ya la falta de conciencia gremial es una de las más graves— los buenos consejos es lo que menos cuenta. Es necesario ponerle frenos a su dispersión.

Pero sucede además, que, por virtud de los mismos principios cooperativos, el Estado se declara neutral y deja que las cooperativas nazcan y mueran desasistidas de su dirección y auxilio. O lo que es lo mismo, el Estado intervencionista se vuelve Estado gendarme, porque se lo ordena la infrangible norma de los pioneros ingleses. Sin que se repare en que éstos trazaron, elaboraron unos postulados para una época distinta, cuando los principios liberales comenzaban a estructurarse como estímulo y precisamente al desarrollo capitalista.

El cooperativismo es una de las tantas cosas que están entre nosotros por hacer. Se ha pensado ingenuamente que la bondad del sistema, pregonada con tan abundante literatura filantrópica y fraternalista, iba a ser suficiente para que las cooperativas proliferaran irrigando prosperidad y bienestar. (*Cooperativas a medias*, p. 516).

La democracia cristiana repudia la libertad del laissez faire

La democracia cristiana repudia la libertad del *laissez faire*, las antiguallas del liberalismo económico, aunque se disfracen con otro rótulo. Las tesis social-cristianas no limitan la intervención estatal a la cuestión obrera, sino que tratan de recoger la tradición de los canonistas de la Edad Media, en el sentido de que la economía política se subordine a una ética, dentro de un sistema de normas y fines. El Estado actúa como gerente del bien común y promotor de bienestar. (1958, *Los motivos del lobo*, p. 535).

La cultura es el crecimiento interno del hombre

Concebida la cultura como crecimiento interno del hombre, cabe decir sin extravagancia que puede haberla más auténticamente

en el alma terruñesa y simple de un paisano cualquiera que en un roedor de biblioteca o un devorador de impresos, pues aquél ha recibido un depósito espiritual que le permite transformar sus oscuras sensaciones en monedas sociales. Porque también integran la cultura en misterioso manantial de los sentimientos, las ideas y palabras que van en la sangre, la presión de las emociones hereditarias y la persistencia de una memoria más profunda que la vida. Es el legado de los antepasados que están en nosotros, como fundación, como carga de nuestro destino, como savia que fluye y como gesto que asciende de los abismos del tiempo.

Todo movimiento interior, toda actividad especialmente válida tiene que apoyarse sobre la tierra firme de unos principios estables, que constituyen el subsuelo del pensamiento. La vida humana está montada sobre creencias, que yacen en el interior del ser, mientras las simples ideas transeúntes se hallan fuera de nosotros como un producto elaborado por la alquimia del intelecto. (1960, *Semblanza y apología del maestro*, ps. 613-614).

Bibliografía de Gilberto Alzate Avendaño

Obras

1961. *Sus mejores páginas*. XL aniversario de *La Patria*, Manizales, s.i., 283 ps.
1971. *El pensamiento vivo de Alzate Avendaño*. 2a. edición. Selección y prólogo de José Luis Lora Peñalosa. Una publicación del Directorio Nacional Conservador, Bogotá, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Central de Colombia, 194 ps.
1979. *Obras selectas*. Colección "Pensadores Políticos Colombianos", Cámara de Representantes. Presentación por Jorge Mario Eastman. Bogotá, Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, 619 ps. (Edición consultada).

Referencias

- Betancur, Belisario: "Actualidad de Gilberto Alzate Avendaño", en la revista *Guión*, No. 190, noviembre 21-27 de 1980, ps.

180-184. También en *La República* (Suplemento Dominical), 23 de noviembre de 1980, ps. 1-7.

Dangond Uribe, Alberto: *Hacia una nueva política*, Bogotá, Italgraf, S.A., 1977, 324 ps. (Véase *Gilberto Alzate Avendaño. Un símbolo del drama del conservatismo*, ps. 111-132).

Hernández Rodríguez, Guillermo: Varios autores: *Alzate. Variaciones en torno a un nombre*, Manizales, Imprenta Departamental, 1980, 470 p. (Véase *Gaitán y Alzate: empalme entre dos destinos*, ps. 203-220). También en *El Espectador* (Magazín Dominical), 23 de noviembre de 1980, ps. 1, 3, 4, 10.

Ocampo Marín, Héctor: *Gilberto Alzate Avendaño*, Armenia, Lito-Editorial Quingráficas, 1977, 154 ps.

Ospina Pérez, Mariano: Varios autores: *Alzate. Variaciones en torno a un nombre*, Manizales, Imprenta Departamental, 1980, 470 p. (Véase *Pensamiento político de Alzate*, ps. 317-324).

Pabón Núñez, Lucio: Varios autores: *Alzate. Variaciones en torno a un nombre*, Manizales, Imprenta Departamental, 1980, 470 p. (Véase *Pensador y guía*, ps. 195-202).

Pastrana Borrero, Misael: "Gilberto Alzate Avendaño: un orden social con autoridad y cambio", en la revista *Guión*, No. 187, octubre 31-noviembre 6 de 1980, ps. 14-18. También en *La República* (Suplemento Dominical), 23 de noviembre de 1980, ps. 8-10.

Ensayo

Caicedo Ayerbe, Aurelio: "Alzate vivo", en *El Colombiano*, (Medellín, 1o. de diciembre de 1980, p. 12A.